

¿SOMOS PARTE DEL PROBLEMA?

SEXISMO Y VIOLENCIA SEXUAL INFANTIL EN TIEMPOS DE CUARENTENA

AUTORA: ROXANA IVON MERCADO BUSTILLOS

Introducción

En poco menos de medio año la normalidad a la que el mundo estaba acostumbrado ha cambiado drásticamente a causa de un virus, el 11 de marzo del 2020 la Organización Mundial de la Salud declara una pandemia por Covid -19, desde entonces muchas regiones a nivel mundial han quedado en confinamiento, hemos tenido que aprender o intentar enfrentar una situación de crisis que parece no terminar; y con ello se han evidenciado las grandes falencias a nivel personal y social; con cada día hemos visto como todo fue quedando paralizado, pero lamentablemente lo que no se paraliza, ni se detiene es la violencia, y con ella han salido a flote aquellos patrones, creencias y roles sexistas que vivimos tan normalizados en diferentes grados en todas las esferas de nuestra vida diaria.

Uno de los problemas más preocupantes por los altos índices de violencia registrados es sin duda el abuso sexual infantil que constituye una de las formas más graves de maltrato infantil.

Nuestra participación en el problema es más importante de la que concebimos, nuestros esquemas de creencias, actitudes y pensamientos, son el reflejo de nuestra sociedad y cultura; analizarlo y cuestionarlo nos permitirá generar herramientas para la protección y el óptimo desarrollo de nuestros, niños, niñas y adolescentes.

Desarrollo

Tras declararse la pandemia el espacio mediático ha sido acaparado por noticias de cómo se está enfrentando dicha pandemia, dejando de lado las consecuencias nefastas del confinamiento; la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2019) estima que hasta mil millones de niños de entre 2 y 17 años en todo el mundo fueron víctimas de abusos físicos, sexuales, emocionales o de abandono el año 2019 y diversos estudios advierten que las condiciones de encierro pueden agravar la situación. El abuso sexual infantil puede incluir contacto sexual, aunque también actividades sin contacto directo como el exhibicionismo, la exposición de niños o niñas a material pornográfico, el grooming o la utilización o manipulación de niños o niñas para la producción de material visual de contenido sexual (Save the Children, p. 7, 2012).

Por los datos de las denuncias, uno de los mayores abusos sexuales infantiles es la violación sexual, solo en Bolivia se han registrado 108 casos de violaciones sexuales en 76 días de confinamiento, tomando en cuenta que existan muchos casos que no son reportados los números agravan el problema, se estima que son seis las vejaciones diarias en el país. Según el Coronel Juan Carlos Alarcón (Villa, 2020, periódico La

Razón), la mayoría de los agresores no solo son parte del núcleo familiar, sino que muchas veces factores como dependencia económica, temor a agresiones físicas entre otros, permiten una complicidad silenciosa con el resto de la familia de las víctimas.

Como bien se menciona el mayor porcentaje de abuso sexual infantil se produce dentro del hogar, el agresor es un rostro conocido para la víctima lo que puede generar que el abuso se perpetúe, en estas circunstancias pueden presentarse ciertos parámetros, la presencia de una persona más grande y poderosa en relación de otra más pequeña y vulnerable, la fuerza o el poder para lograr un acercamiento de tipo sexual, y que ya sea por la presión, miedo, inadecuación emocional o intelectual para reconocer o resistirse a la situación, la víctima termina accediendo al silencio y a los requerimientos del agresor, al no tener posibilidad de elección.

Muchas veces creemos aquellos mitos sobre la violencia sexual infantil, que solo puede ocurrir en ciertas clases sociales o culturas, que ocurre bajo la influencia del alcohol o sustancias ilícitas, que hoy en día se dan más casos de abuso sexual que en el pasado, quienes cometen abusos sexuales son enfermos psiquiátricos, los niños y niñas en este caso no dicen la verdad, los niños y niñas a veces pueden evitar el abuso sexual, que si el abuso tuviese lugar sobre un menor de mi entorno cercano, yo lo detectaría o cuando se da un abuso sexual sobre un niño o niña, su familia lo denuncia, los agresores sexuales son casi siempre desconocidos entre otros, son algunos de los mitos que inconscientemente perpetuamos (Franco y Ramírez, 2016). Como bien se ha señalado los números nos han demostrado que la realidad es diferente, el agresor muchas veces conoce a la víctima, y el acto abusivo en porcentajes alarmantes es perpetrado dentro del mismo hogar.

Es por estos mitos que consideramos muchas veces, estar exonerados de responsabilidad en los datos estadísticos de violencia sexual que cada día preocupan más. Son mitos que todo el mundo asimila al criarse, y sigue oyendo en la adultez, y generalmente ni se reflexiona sobre ello (Franco y Ramírez, 2016). Por lo tanto, algunas niñas y niños, por lo menos por un tiempo, creerán en estos mitos y sufrirán las consecuencias (Ferrari, 2015). Mientras las sociedades crean en estos mitos y se los enseñen a los niños desde una edad muy temprana, muchas mujeres y hombres que han sido dañados por experiencias sexuales no deseadas o abusivas no podrán recibir la ayuda que necesitan.

¿Pero que tanto formamos parte del problema en el abuso sexual infantil? ¿Cómo los niveles sexistas han sido visibilizados en el confinamiento, y como esta tiene relación con los abusos sexuales de niños niñas y adolescentes?

Para responder estas cuestionantes es necesario entender que como lo expresan Intebi (1998), Giberti (1998) y Rozansky (2003,) se entiende que la violencia hacia la infancia tiene origen en la violencia de género, en la desigualdad de poder entre hombres y mujeres, y las expresiones de poder está siempre presente en las interacciones humanas; es en este punto que el sexismo juega un papel importante, esta es una actitud hostil en

razón de género, una creencia que permite mantener las desigualdades de poder entre hombres y mujeres, es el prejuicio más mantenido en el tiempo porque tiene que ver con lo que somos, sentimos y hacemos. Autores como Susan Glick y Peter Fiske (1996), indagadores sobre esta problemática identifican la presencia de un sexismo hostil y otro benevolente. El sexismo hostil es aquel más reconocible, son aquellas actitudes y comportamientos ligados a la misoginia y a cualquier tipo de violencia directa en razón de género; por otro lado el sexismo benevolente tiene consecuencias tan peligrosas como el hostil, a diferencia del primero el sexismo benevolente se encuentra normalizado dentro de nuestra psique, afectivamente positivo, donde aceptamos los roles de género impuestos a hombres y mujeres desde una perspectiva normalizada y natural, ligada principalmente a lo llamado roles de género; características que han generado la separación del ámbito público del privado, produciendo así la creencia generalizada de un hombre “proveedor y fuerte”, frente a una mujer “madre/ama de casa y sumisa”, estas creencias que a su vez generan actitudes y comportamientos permiten una validación social de la violencia y el abuso del poder dentro de las relaciones cercanas (Cárdenas, et al., 2010).

Según un estudio por Hofstede (citado por Flores, 2017), realizado en varios países incluido Bolivia los niveles sexistas están inversamente relacionados con el nivel de desarrollo de ese país, es decir, que niveles altos de sexismo representarían niveles bajos de desarrollo en dimensiones educativas, sociales y culturales.

Los datos anuales sobre el ejercicio de violencia a mujeres, niños, niñas y adolescentes nos permiten reconocer el arraigado culto sexista presente dentro de nuestra sociedad.

Crecemos sabiendo con qué cualidades, valores y problemas identificarnos, en que actividades podemos participar y en cuales no; y aunque la intensidad de aceptación puede variar de acuerdo al tiempo y contexto social y cultural, cumplimos mandatos impuestos toda la vida o hasta que empezamos a cuestionarlo.

Les robamos la emocionalidad, el afecto a nuestros niños, los obligamos a una fortaleza comparada a una debilidad inexistente con nuestras niñas, los obligamos a asumir un poder físico y emocional que a lo largo del desarrollo personal se viven las consecuencias, y por otro lado le repetimos a las niñas los estándares que deberá cumplir, sometemos a nuestras niñas a la abnegación devota de servicio en bienestar de otros, a una dependencia de cuidado y protección de alguien más fuerte. Y es como todos estos aspectos, vienen vinculados a nuestras vivencias diarias y por ende a la problemática de la violencia sexual infantil, la UNICEF (2006) registra que los actos de violencia representan el máximo ejercicio de poder de hombres sobre mujeres, y que este dominio no se debe al deseo sexual, sino a la relación de las construcciones del género, donde se atribuyen al hombre la agresividad y la separación de afectos de la relación familiar y sexual. De tal manera que cuando el infante es niña, su obediencia al adulto hombre es doblemente esperada en función de estos dos aspectos. Considerando las estadísticas, vemos que un 82.9% de los casos denunciados por abuso sexual infantil posiciona a las niñas como principales víctimas, aunque los datos son alarmantes, no

significa que nuestros niños y adolescentes varones estén exentos de ser víctimas de abuso sexual, si bien el silencio por distintos factores se convierte en cómplice para la impunidad de estos delitos, lamentablemente se ve agravado en niños y adolescentes varones por creencias sexistas impuestas en toda la esfera social, ya que su denuncia resulta más difícil y encuentra mayores obstáculos. El uso de la violencia contra las mujeres como muestra de poder es una práctica más conocida; pero no lo es tanto, o es claramente ignorada, en el caso de su uso contra hombres y niños. Especialmente en contextos culturales en los que las normas de género son particularmente rígidas y vinculantes, y es en este aspecto donde se observan las grandes consecuencias del sexismo benevolente dentro del desarrollo de niños varones, niños que en cortas edades intentan superar sus situaciones sin la petición de ayuda solo porque son varones (Díaz, 2003).

Varias investigaciones de abuso sexual en hombres pretenden mostrar el manipuleo emocional del agresor con la víctima cuando los factores fisiológicos actúan, más evidente para los varones que para las mujeres, en los que durante una penetración anal no consentida, la víctima puede experimentar una erección, incluso a veces una eyaculación. Esta reacción puramente física, puede luego ser usada por los perpetradores como instrumento de posterior violencia, en forma de burlas y humillaciones y no solo por el agresor sino también por entes que intervienen si la víctima decide romper el silencio, como la familia, amigos, servidores públicos y privados, autoridades y la sociedad en general. En este tipo de casos, el sentimiento de vergüenza, siempre dominante en la violencia sexual, adquiere una dimensión especialmente fuerte (Aguado, 2003).

Todos los aspectos y las consecuencias sufridas por las víctimas no vienen solo de su contexto personal y familiar, sino de la cadena cíclica de crianza generacional. Es por eso tan importante y necesario comprender la magnitud de las creencias, pensamientos y actitudes que reproducimos e implantamos a niñas y niños. El sexismo está impregnado en toda nuestra vida diaria, desde el lenguaje hasta la simbología en la que se percibe el mundo.

Es por ello que el aumento en los números sobre violencia infantil durante el confinamiento, principalmente en la violencia sexual nos plantea una realidad en la que debemos cuestionar las formas en las que enfrentamos esta problemática que tienen consecuencias nefastas a nivel personal y social.

Conclusión

La falta de literatura sobre nuestra parte dentro de las problemáticas más graves que son las diferentes formas de violencias, sitúan en extremos opuestos a las víctimas de la sociedad en general; tratando de exonerarnos de responsabilidad a quienes no nos consideramos víctimas ni agresores. Pero en realidad formamos tanto parte del problema que no lo visibilizamos, cuantas veces con simples palabras introducimos creencias a nuestros niños, y niñas que limitan su propio desarrollo y sus intenciones de buscar ayuda en caso de algún tipo de abuso; ya que la víctima habitualmente pone en

práctica estrategias de habilidades adquiridas de manera temprana en la familia, con el fin de asimilar las presiones, amenazas y chantajes. Y son estas estrategias dentro de las familias que deberían ser re evaluadas

Fomentamos un cadena cíclica de la que todos formamos parte, pensamientos y prejuicios sexistas que reproducimos inconscientemente y para observarlo no debemos mirar más allá que en nuestros propios hogares; el confinamiento ha provocado pasar mayor tiempo con nuestras parejas e hijos, y cambiar varias actividades rutinarias, es donde surgen las cuestionantes que cada uno puede responder de acuerdo a su realidad ¿Cuánto de las labores domésticas he compartido con mi pareja? ¿Qué labores domésticas no he sabido realizar (compra de alimentos, preparación de comida, limpieza, arreglos y orden del hogar, etc.)? ¿Qué causó que en los mercados entre otros durante el confinamiento más rígido se haya observado una presencia masculina mayor, y cuál es el trasfondo que causo dicha presencia masculina? ¿Cuánto hemos sido parte de la crianza y educación de nuestros hijos? La respuesta de cada una de estas cuestionantes y más está en cada uno de nosotros, darle respuesta personal a estas preguntas permitirá empezar a cuestionarnos porque el problema del abuso sexual infantil lo compartimos todos.

Hoy tenemos en nuestras manos el futuro de los adultos de mañana, no solo podemos coadyuvar en evitar que nuestros niños, niñas y adolescentes se conviertan en una víctima más, sino en formarlos como portavoces de prevención, con esquemas que permitan romper el silencio frente a abusos, como antagonistas de imposiciones sexistas con las que fuimos criados y re interpretarnos nosotros mismos para asumir nuestro rol en las problemáticas y soluciones más graves de nuestra sociedad.

Bibliografía

- Aguado, M. J. (2003). *Adolescencia, Sexismo y Violencia de Genero*. Papeles del Psicologo, 35-44.
- Cárdenas Varón, G., & Polo Otero, J. L. (2014). *Ciclo intergeneracional de la violencia domestica contra la mujer. Análisis para las regiones de Colombia*. Revista de Economía del Caribe, 14, 1-33.
- Children, S. t. (2012). *Violencia sexual contra los niños y las niñas. Abuso y explotacion sexual infantil. Guía de material básico para la formación de profesionales*.
- Ferrari, A. (2015). *Abuso sexual infantil desde una perspectiva de Género y Derechos Humanos. La madre entre las múltiples facetas de la responsabilidad*. Montevideo.
- Flores Palacios, P. (2017). *Narrativas Mediáticas Sexistas*. La Paz, Bolivia: Coordinadora de la Mujer

- Franco, A., & Ramirez, L. (2016). *Abuso sexual infantil: perspectiva clínica y dilemas ético-legales*. Recuperado el Junio de 2020, de Revista Colombiana de Psiquiatria: DOI: 10.1016/j.rcp.2015.07.003
- Giberti, E., (1998). *Incesto paterno-filial. Una visión multidisciplinaria*. Buenos Aires. Editorial Universidad.
- Glick P. & Fiske S. (1996). *Inventario de Sexismo Ambivalente: Diferencia entre Sexismo Hostil y Benevolente*. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70 491-512.
- Intebi, I. V., (1998). *Abuso Sexual Infantil. En las mejores familias*. Barcelona, Ediciones Grancia S.A.
- OMS, O. M. (2013). *Informe sobre violencia contra la mujer en America Latina y el Caribe. Analisis comparativo de datos poblacionales en 12 paises*. Recuperado el Junio de 2020, de www.paho.org
- Rozansky, C. (2003). *Abuso Sexual Infantil. ¿Denunciar o Silenciar?* Ediciones B Argentina S. A. Buenos Aires, Argentina.
- UNICEF (2006).
- Villa, M. (2020). Delitos Sexuales: Hubo 108 menores de edad violados en la cuarentena. *La Razon*, págs. 19-26.

PRESENTACIÓN:

Nombre: Roxana Ivon Mercado Bustillos

C.I.: 8402546 LP

R.U.: 1675270

Recién titulada de la carrera de Psicología, con una investigación sobre sexismo y violencia de pareja, trabajó como psicóloga auxiliar en Mujeres en Busca de Justicia y posteriormente en dos bufetes jurídicos especializados en casos penales y familiares. Voluntaria y activista en casos de violencia en razón de género y justicia social.